

Sería imposible tal modo de misiones en muchísimos, en los más de los casos. Y aunque han observado su espíritu, no lo han seguido a la letra la mayor parte de los buenos ministros de Cristo. Este es el parecer de los doctores y de los santos. Sobre todo cuando se va a evangelizar a los idólatras, no es posible guardar las reglas que aquí dió Jesucristo a sus apóstoles que iban a evangelizar a los judíos.

III. FRUTOS DE LA PRIMERA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES

(L. 9, 6; Mc. 6, 12.13)

Salieron, pues, y recorrieron los pueblos de Galilea y tal vez aun de fuera de la Galilea, anunciando la buena nueva de la venida del Mesías, y predicando que hiciesen penitencia, para recibirla bien y prepararse a recibir las gracias del Reino de los cielos. Cada uno era un Juan Bautista, aunque claro está, muy inferior a él. Cada uno era un ángel de Mesías, y un anunciador de las maravillas que había visto.

¡Qué cosas contarían de los milagros que ellos con sus mismos ojos habían contemplado!

Y como ellos mismos obraban prodigios y confirmaban sus buenas noticias del Reino y del Mesías con milagros, echando a muchos demonios de los posesos, ungiendo a muchos enfermos y sanándolos de sus enfermedades con la imposición de sus manos y unción del óleo, no cabe duda que hicieron mucho fruto, y volvieron al Señor alegres, triunfantes y animosos.

Como era natural, al volver le dieron cuenta de todo cuanto habían hecho y enseñado.

Cuando volvieron todos, el Señor, viéndolos por una parte cansados y necesitados de reposo, mirando por otra que eran tantos los que iban y venían, que ni siquiera les dejaban tiempo para comer, les dijo:—Venid vosotros solos aparte a un sitio desierto, y descansad un poco.

«Subieron a una lancha, y trasponiendo el mar de Tiberíades, fuéronse a descansar a un desierto que es de Betsaida».

Navegaba el Apostolado con su Maestro y atravesaba el lago de Tiberíades en dirección, según dice San Lucas, de

un desierto perteneciente a Betsaida, con el objeto de descansar allí de las fatigas recientes y del ahogo con que los urgían tantos como venían a pedir socorro de sus enfermedades.

Pero había además de ésta otra razón de retirarse el Señor. Y es que por aquellos días debían andar por allá algunos espías de Herodes y tal vez entonces le buscaban. Porque este Príncipe estaba deseando verse con él, según nos refiere el mismo San Lucas.

Y es que había dado muerte a San Juan Bautista, y en sus remordimientos estaba temiendo que aquel Profeta nuevo, cuya noticia llegaba entonces a sus oídos, fuese el mismo Juan que había resucitado y estaba haciendo prodigios.

Las cosas sucedieron de esta manera.

II 2. MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA

(Mc. 6, 17-20; Mt. 14, 2-12)

Ya vimos cómo hacía ya más de un año Herodes había apresado al Bautista, que con santa libertad le reprendía por vivir adúlteramente con Herodías, mujer de su hermanastro Herodes Filipo. *Non licet tibi habere eam*, le decía, «no te es lícito vivir con esa».

En la cárcel de Maqueronte, en los bajos del magnífico castillo, en cuyo fondo se consumían los presos de cuidado, mientras en los altos se entregaban a magníficos festines Herodes con la adúltera y sus amigos, esperaba su muerte con resignación y fortaleza el Ángel del Nuevo Testamento.

Sin embargo, ésta íbase retardando. No porque Herodes no se la hubiese dado con gusto, pues lo deseaba, sino porque temía que el pueblo, que en Juan veía un gran profeta, levantase a su muerte alguna rebelión y aliado con el rey de los Arabes, padre de la legítima esposa repudiada, atacase al tirano y lo depusiese de su trono. Y aun por sí mismo sentía bastante respeto a Juan, por su virtud y santidad, pues según dice el Evangelio le tenía por varón justo y santo y lo guardaba, y se aconsejaba gustoso con él y hacía muchas cosas por su respeto.

En cambio Herodías, con todo el rencor de una mala hembra, estaba sin cesar buscando su muerte y espiando el momento oportuno de lograrla. Pero no podía vencer la resistencia de Herodes.

Mas llegó la hora de la venganza. Vino el cumpleaños de Herodes. En los salones de Maqueronte se preparó una espléndida cena a la que el tirano invitó a los príncipes, tribunos y notables de Galilea. En ella sin duda comieron y bebieron y rieron en abundancia con toda aquella libertad voluptuosa y carnal, propia del siglo y de un hombre como Herodes.

Al fin de la cena comenzaron aquellas danzas impúdicas que tan usadas eran en Roma y en los países orientales al término de los banquetes; y, fuese cosa improvisada, fuese más bien preparación y artificio infame de la mala mujer, que conocía las flaquezas de su amigo, y, además de infiel esposa, era madre perversa, entre las danzantes y bailarinas metió a Salomé, la hija que había tenido de su primero y verdadero marido. Villana injuria la que inferían la malvada esposa a su marido y la hija desvergonzada a su padre, dando este espectáculo al adúltero.

Mas tan despreocupada estaba la niña, que, saliendo al medio de las mesas, danzó maravillosamente. Tan maravillosamente, que así Herodes como los demás, que estaban recostados en la mesa, la aplaudieron con todo entusiasmo. Y el tirano mareado sin duda por los humores del licor y el vino, y más aún por el espectáculo sensual, que la desenvuelta muchacha ofrecía a su vista, en un arranque de sensualidad y descaro, le dijo:

—Pídeme lo que quieras. Porque te daré lo que pidas.

Y lanzando un juramento se ratificó, diciendo:

—Te juro darte cualquier cosa que pidas. Aunque me pidas la mitad de mi reino.

Ducha debía ser o preparada debía estar la chica, pues, en vez de contestar, salió al punto, y diciendo a su madre lo que el Rey le había dicho, le preguntó:

—Y qué le voy a pedir?

—La cabeza de Juan Bautista.—Respondió su madre sin vacilar.

¡Hacía tanto tiempo que la deseaba, y que la estaba pi-

diendo! Entró apresurada la muchacha, arrebató una fuente, llegóse al rey, y dijo:

—Pido que me des al punto aquí en esta fuente la cabeza de Juan Bautista.

No esperaba el rey semejante petición. Y aunque estaba tan fuera de razón, no dejó de ver la atrocidad que se le pedía y el compromiso en que se había metido. Y se contristó. Puede ser, y esto parece indicar el Evangelio, que los convidados, enemigos también de Juan, apoyasen la petición criminal de la joven. Y por ellos y el juramento que había hecho, no se atrevió Herodes a dar disgusto a la bailarina. Llamó a uno de sus guardias y le ordenó que en aquella fuente le trajese la cabeza del Bautista.

No sabemos lo que allá abajo pasó. El misterio envuelve los últimos momentos del Precursor del Mesías. Sabemos cierto que murió como Santo. El acto debió ser rapidísimo. A poco de haber bajado volvió a subir el verdugo trayendo en la fuente, caliente aún y manando sangre, la santa cabeza. Dióselo el rey a la muchacha, y la muchacha salió a dársela a su madre.

Indica San Jerónimo que la mala mujer, imitando lo que hizo Fulvia con la lengua de Cicerón, pinchó con una aguja la de aquel Profeta que contra ella tanto a su impuro amante había predicado.

De Salomé refiere Nicéforo que atrevesando un río helado en tiempo de invierno, abriéndose el suelo a su paso, se hundió, quedó en el agua sumergida hasta la cabeza, hasta que yerta y helada murió, cortado el cuello por los témpanos.

Herodías incitó a su marido a que viniese a Roma a obtener el título de rey, pues, aunque se lo daban vulgarmente y se lo da el Evangelio, pero en rigor no tenía más título que de tetrarca. Agripa, lejos de darle lo que pedía, le hizo varias acusaciones, y no pudiendo él dar satisfacción de ellas, fué desterrado, y acompañado de su amante murió en el olvido.

La cabeza del Precursor no sabemos a dónde la echaría su enemiga. El cuerpo lo recogieron sus discípulos, y lo sepultaron cuan honrosamente pudieron. Enseguida vinieron a Jesús y le contaron todo cuanto había pasado.

113. HERODES BUSCA A JESÚS

(L. 9, 7-9; Mc. 6, 14-17; Mt. 14, 1)

Consumado el crimen brota el remordimiento. Grande había sido el crimen de Herodes y grande naturalmente había de ser su remordimiento, sobre todo después de disipada la embriaguez de la horrible cena de aquella tarde.

Estos remordimientos se acrecentaron con los rumores que de Jesús llegaban a palacio.

Eran tantos los milagros que Jesús hacía, tantos los que sus discípulos acababan de hacer en su misión, que a pesar de lo poco que Herodes se preocupaba de ideas religiosas, llegó a oídos del Tetrarca todo cuanto de Jesús se decía. Ante su mente estaba sin duda el espectro del Bautista descabezado. En su recuerdo quedaba aún la huella de tanto consejo como de aquel varón rectísimo había recibido. Y como suele suceder que después que uno muere crece el buen concepto que de él se tenía, crecería a los ojos de Herodes el mérito de Juan. Y cuando oyó las maravillas que de Jesús referían sus criados, les dijo un día sin poderse contener:

«Ese debe ser Juan Bautista, que ha resucitado de los muertos. Así hace tantos milagros».

Asentían algunos y decían que sí, que debía ser Juan resucitando de entre los muertos. Decían otros que no, que debía ser Elías. Y otros que algún profeta antiguo resucitado. Todos daban muestras de la ignorancia y ligereza que suele haber en la gente del mundo al juzgar estas cosas. Y oyéndoles Herodes dudaba y decía:—Cierto, yo degollé a Juan Bautista. Pero ¿quién puede ser este de quien oigo tales cosas?

«Y estaba buscando el verle».

Y acaso aquel día a la vuelta de sus discípulos le estaban esperando.

Mas Jesús no estaba para dejarse llevar entonces a Herodes. Su providencia era otra muy distinta. No quería morir todavía ni de aquella manera ser encarcelado. Todo se haría, como estaba ya previsto. Por tanto para evitar que lo llevasen a Herodes, aunque podía evitarlo por me-

dios sobrenaturales, pero se valió, como de ordinario lo hizo en toda su vida, de los medios que la prudencia humana indicaba. Y como lo había hecho ya otras veces determinó retirarse un poco de tiempo, el que debió creer necesario.

No dice expresamente el Evangelio si los fariseos andaban en estos enredos y maldades. Pero hartó lo dió a entender el mismo Jesucristo, después, cuando un día, refiriéndose a San Juan, de modo que todos lo entendieron, dijo estas palabras:—«Elías ya vino, pero estos (los escribas y fariseos) no lo reconocieron; al contrario, hicieron de él todo lo que quisieron. También el Hijo del hombre ha de padecer por causa de ellos». De modo que sabía Jesús que los fariseos buscaban obstinados su muerte, así como habían buscado la de su Precursor. Y regularmente no pocos de aquellos convidados, que estaban recostados a la mesa del Tetrarca, y que, cuando vaciló ante la horrenda petición de la danzante, le incitaron a la muerte del Bautista, serían escribas y fariseos.

Así, pues, «cuando Jesús oyó esto, tomó a sus apóstoles, y se fué de allí a un sitio desierto y apartado, del otro lado de Galilea».

114. LA PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

(J. 6, 2-13; L. 9, 11-17; Mc. 6, 33-44; Mt. 14, 13-22)

Iba a un desierto de Betsaida. Y suelen los eruditos disputar mucho acerca de esta ciudad de Betsaida, y de su posición. Porque, como luego veremos, de esta Betsaida volvieron los discípulos otra vez a Betsaida. Y no aciertan a distinguir bien claro si las Betsaidas eran dos, y dónde estaban, o si eran una sola, y en este caso el Señor hubiera ido primero a un sitio próximo a Betsaida, y de este sitio sus discípulos se hubieran encaminado a la misma Betsaida. Pero paréceme más acertada la opinión de los que creen que había dos Betsaidas. La una al Norte del lago de Tiberíades, y un poco adentro, al lado de la desembocadura del Jordán en el lago, y al oriente del río. Llamábase Betsaida Julias y debía estar donde hoy está Tell. La otra muy cerca de Cafarnaúm donde hoy está Tell Hum o más abajo,

en la costa occidental del lago, y muy al oeste del río. Así se explica mucho mejor la narración del Evangelio.

Navegando, pues, Jesús con sus apóstoles desde Cafarnaúm, dando una vuelta de algunos kilómetros, llegó a la desembocadura del Jordán, en el mar de Tiberíades, y desembarcó. La muchedumbre que los vio partir y adivinó adonde iban, bordeó a pie el lago, y por la costa llegó al desierto antes que los apóstoles. Venían muchos y de muchas ciudades, movidos por tantas maravillas como realizaba Jesús en los enfermos. Acaso, como se acercaba la pascua, iban ya reuniendo caravanas para emprender el viaje a Jerusalén desde aquellos sitios.

Salió Jesús y sin atender a la demás gente subió a un monte y allí estaba sentado con solos sus discípulos, descansando un rato con ellos. Mas luego «levantó los ojos y viendo toda aquella numerosísima turba que había venido a él, se compadeció de ellos, porque estaban como ovejas que no tenían pastor, y los recibió y comenzó a enseñarles muchas cosas hablándoles del reino de Dios y sanando a los que tenían necesidad de salud».

«Venida la tarde, y avanzando las horas, se le acercaron los discípulos y le dijeron:—Estamos en un desierto, y pasan las horas. Despide a las turbas, para que vayan a las aldeas y villas que están cerca y compren allí algo que comer.

»Respondió Jesús y dijo:—No es necesario que vayan; dadles vosotros de comer».

El que hace poco les había dado facultades de hacer tantos milagros, parecía brindarles ahora la ocasión y el poder de hacer uno extraordinario. Pero ellos no lo entendieron así, sino que pensaban que se trataba de pagarles o comprarles con los dineros que tenían el pan con que alimentarse.

Entonces «dirigiéndose a Felipe, le dijo:—De dónde podremos comprar pan bastante para éstos?—Esto lo decía para tentarle, porque ya tenía él resuelto lo que había de hacer».

Debió investigar Felipe qué dinero tenían sus compañeros o el depositario de ellos, Judas, que debía ser bien poco, y asustado, dijo:

«—Quieres que vayamos y compremos doscientos denarios de pan y les demos de comer? Pues aun doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un bocado».

Doscientos denarios, valiendo cada denario algo menos que una peseta, eran para ellos una cantidad imposible, y suponiendo que fuesen diez mil los presentes, pues solo los varones, sin contar mujeres ni niños eran cinco mil, repartidos hubieran dado para cada uno dos o tres céntimos de pan.

«Entonces les dijo Jesús:—¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo.

»Cuando lo averiguaron le dijo uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro:—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto qué es para tanta gente? si no vamos nosotros y compramos comida para esta muchedumbre?

»Dijoles:—Traedme eso acá.—Y añadió mandando:—Haced que se vayan sentando por grupos sobre la verde yerba.

»Había mucha yerba en aquel sitio. Y según les mandó hicieron a todos sentarse en grupos de a cien o de cincuenta.

»Entonces tomó Jesús los cinco panes y los dos peces, miró al cielo, dió gracias, los bendijo, partió los panes y los distribuyó a sus discípulos, y los discípulos a las turbas. Repartió igualmente los dos peces a todos todo cuanto querían. Y todos comieron y se hartaron.

»El número de los que comieron fué de cinco mil varones, sin contar mujeres ni párvulos.

»Y cuando todos estaban hartos, dijo a sus discípulos:

»—Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan.

»Recogieron, pues, las sobras de los cinco panes de cebada y de los peces, y llenaron doce canastos».

Era muy frecuente en los judíos, aun cuando no llevaban ninguna cosa, traer consigo algún cesto, o vacío o cargado con heno para dormir. De estos cestos serían aquellos doce que los discípulos, fuesen suyos o fuesen prestados, llenaron de pedazos de pan y de pescado.

¡Milagro estupendo! Unos pocos panes empiezan a multiplicarse en las manos de Jesús, y pasando de ellas a las de sus discípulos, siguen multiplicándose tan notablemente, que se hartan cinco mil varones, y las mujeres y párvulos que con ellos iban, que fácilmente serían otros cinco mil y más. Y cuando todos están hartos, todavía se recogen doce canastos llenos de pedazos de pan!

¡Hermosa manifestación del poder de Dios y de su bondad!

El poder multiplica prodigiosamente los panes y los peces.

La bondad devuelve por cinco panes y dos peces doce banastas de peces y de panes.

115. QUIEREN ALZAR A JESÚS POR REY Y ÉL HUYE

(J. 6, 14.15; Mc. 6, 45.46; Mt. 14, 22.23)

Profundísimo fué el estupor que causó en los galileos aquella maravillosa multiplicación de panes.

«—Verdaderamente, decían, este es el Profeta, el Profeta que tiene que venir al mundo».

Y como es natural, cuando se levantaron y comenzaron a tratar entre sí y comunicarse todos sus sentimientos, crecía la admiración y empezaban a decir que lo que se debía hacer era proclamarlo Rey, pues era el Rey prometido y esperado para restaurar al pueblo de Dios.

«Mas Jesús, cuando conoció que iban a venir y le iban a coger y hacerle rey, mandó al punto a sus discípulos subir a la lancha e ir delante de él a la otra parte del mar, a Betsaida, mientras él despedía las turbas. Y despedidas éstas, él huyó solo otra vez al monte a orar».

Era natural todo este entusiasmo. Y en la decisión de aclamarle rey es muy probable que tomasen parte también los mismos apóstoles y discípulos, que por un lado habían presenciado además de éste todos los milagros de Jesús, por otro sabían ciertamente que, en efecto, era él el Mesías, y en fin, tenían sus esperanzas y ambiciones de ser de los primeros en el reino que Jesús obtuviese, como que más de cuatro veces solían tratar y reñir acerca de quién de ellos ocuparía los primeros puestos en este reino, que aun ellos entendían, no espiritualmente, como iba a ser,

sino humanamente, como cualquier otro reino temporal, aunque mucho más magnífico y extendido que ninguno. Y no pudieron menos de escuchar y tratar con el pueblo entusiasmado mientras iban recogiendo las sobras.

Jesús, por el contrario, siempre se oponía a toda sombra de semejante principado, porque, como él mismo dijo después a Pilatos, su reino no era de este mundo, es decir, no era reino temporal y humano, como juzgaban los judíos carnales, sino una Iglesia espiritual y sobrenatural distinta y superior a todo principado terreno. Y por eso procuraba ahogar en germen toda manifestación que quisiese hacerse en este sentido. Tanto más que no quería dar pretexto ninguno para que mañana le acusasen con fundamento ni siquiera aparente de ninguna sedición. Porque, si, aun andando con tanto cuidado como andaba, todavía los fariseos le echaron en cara el que rebelaba a todo el pueblo, ¿qué hubiera sido si hubiera permitido estallar esta aclamación, y otras que como ésta fácilmente hubieran estallado, sobre todo en Galilea, cuyos paisanos eran tan vehementes y animosos, y en aquel tiempo cuando todos estaban esperando la libertad de Israel, es decir, como ellos lo entendían, la independencia del yugo extranjero de los gentiles, y la reconquista de toda la tierra bajo el cetro de un gran Hijo de David? Puede decirse que el pueblo era un montón de pólvora, que solo esperaba una chispa de Mesías para prender y estallar al punto.

Por eso Jesús, rápido en su determinación, en cuanto asomó el peligro, a sus discípulos, que estaban acordes y empezaban a conspirar con la turba, los obligó inmediatamente a subir en su presencia a la lancha y partir al punto a Betsaida. A las turbas despidió también con imperio, pues otras veces en vez de despedirlas se contentaba con dejarlas. Él, en fin, una vez idas éstas, se subió de nuevo al monte en que antes había estado descansando con sus discípulos.

116. JESÚS CAMINA SOBRE LAS OLAS

(J. 6, 16-21; Mc. 6, 47-52; Mt. 14, 23-33)

Debía ser muy tarde, porque tarde era ya cuando em-

pezó la comida. Los discípulos navegaban con rumbo a Betsaida, es decir, a la Betsaida que estaba junto a Cafarnaúm, en la ribera occidental del lago. Las tinieblas de la noche se cerraban por todas partes.

Mientras tanto solo, allá en el monte, oraba Jesús.

En esto comienza a soplar recio el viento y a moverse el mar. La lancha, sacudida por las olas, encontraba de frente al huracán. No los olvidaba Jesús. Desde la costa, adonde había ya bajado, veíalos con su divina mirada remar ansiosos contra el viento, sin adelantar apenas nada. Al cabo de más de media noche, cuando ya eran como las tres de la mañana, solo habían recorrido 25 estadios, cosa de legua y media. Entonces el Señor adelantóse de la costa, puso el pie en el mar, y, caminando majestuoso sobre las olas, los alcanzó, y acercándose silencioso hasta la lancha siguió deslizándose sobre la superficie como quien quería pasarlos. No dejaron las tinieblas ni el afán del trabajo que le viesan hasta que lo tuvieron encima. Pero cuando vieron avanzar muy cerca de la lancha y echárseles encima aquel bulto ambulante, dieron un grito de terror, y exclamaron todos:

«—Un fantasma!

»Al punto les dijo Jesús:

»—No tengáis miedo, tened valor, soy yo».

Respiraron al oír la dulce voz del Rey de los mares, y fueron a recibirlo en la lancha. Entonces Simón Pedro, en una de esas resoluciones rápidas y decididas que muchas veces tomaba su ánimo arrojado y algo demasiado súbito, dijo:

«—Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas.

»Y le respondió Jesús:—Ven.

»Saltó Pedro de la lancha y empezó a andar sobre las olas para llegar a Jesús».

Mas Jesús quiso tentarle un poco y humillarle su valentía. Vino una fuerte racha de viento, alzóse espumosa una ola más alta, vaciló el valiente, sintió que empezaba a hundirse y lleno de pavor, dió un grito diciendo:

«—Sálvame, Señor!

»Al punto tendióle Jesús la mano, lo cogió y le dijo:

»—Hombre de poca fe, por qué has dudado?

»Y en cuanto subieron a la lancha cesó el viento.

»Entonces los que estaban en la lancha le rodearon y adoraron diciendo:

»—Verdaderamente tú eres Hijo de Dios».

No es fácil saber si al decir estas preciosas palabras en esta ocasión los apóstoles querían decir que Jesucristo era en verdad Hijo verdadero de Dios, o si por este nombre entendían no precisamente la filiación natural y divina, sino una filiación adoptiva, en virtud de la cual, llamaban hijo de Dios a Jesús como a otros muchos varones santos, y aun a todo judío, justo y fiel. Argumentos para creer que era en verdad Hijo natural y propio de Dios, los tenían ya sin duda en abundancia. Pero tardos de entendimiento quizás todavía no lo habían comprendido, como después lo comprendieron.

«Apenas entró Jesús en la nave llegó ésta a la tierra a que iban. Y quedaban cada uno cada vez más admirados. Porque (esta reflexión hace San Marcos, que suele notar muchas veces la torpeza de los Apóstoles en entender al Señor) no habían entendido lo de los panes; pues su corazón estaba obcecado».

Parece increíble; pero así nos lo asegura el discípulo de San Pedro: a pesar de ser tan grande el milagro de los panes, todavía no le habían dado la fuerza que le debían dar; y se extrañaban de este otro milagro de haber venido así sobre las aguas, cuando debieran ya tenerle por omnipotente del todo.

117. NUEVA FAENA

(Mc. 6, 53-56; Mt. 14, 34-36)

El que había dicho de sí mismo según las palabras de Isaías, «mi Padre me ha enviado a evangelizar a los pobrecitos», no se daba reposo en su tarea.

«Apenas llegaron a un sitio de Genesaret, atracaron. Y apenas desembarcaron los conocieron los habitantes de aquel lugar, y recorriendo toda aquella región comenzaron a llevar de un lado a otro en camillas a todos los enfermos, adonde oían que estaba Jesús. Adonde quiera que él entraba, aldeas, pueblos o ciudades, ponían los enfermos en las

plazas y le rogaban que les dejase tocar siquiera la borla de su vestido. Y todos cuantos lo tocaban sanaban».

Aleccionados por el caso de la Hemorroisa, recordando el gran favor que aquella había recibido, y también movidos por la significación simbólica y religiosa que los *gedilim* o borlas del manto, tenían entre los judíos, según dijimos, todos pretendían tocarle como aquella mujer, para obtener la salud como ella.

Y el bondadoso Salvador del mundo, aunque su fin era dar salud a las almas, dábala al mismo tiempo a los cuerpos, y sanaba a todos de sus enfermedades.

118. JESÚS PROMETE LA EUCARISTÍA

(J. 6, 22-59)

Ya los discípulos, y Jesús con ellos, estaban en la orilla de acá del lago. Amanecía y la turba, que el día anterior se había quedado por las villas cercanas al desierto de la multiplicación de los panes, fué de nuevo a buscar al Taumaturgo, pensando tal vez lograr ese día lo que no había logrado el anterior, alzar por rey al que les había dado de comer. Vieron que en el sitio no había más que una nave, y sabían que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que estos se habían ido solos, y creyeron que Jesús estaría aún por allá. Poco a poco fuéronse reuniendo muchas embarcaciones, en las cuales además de los que habían venido a pie, llegaban otros muchos que podían proporcionarse esta comodidad de venir embarcados.

Todos se reunían en el sitio en que Jesús había repartido los panes. Todos le esperaban y buscaban al Rey que querían aclamar. Mas pronto cayeron en la cuenta de que no estaba ya allí Jesús, y entonces se embarcaron y se dirigieron a Cafarnaúm donde suponían que habría ido.

Allí lo encontraron en efecto. Y presentándose a él le dijeron:—Maestro, ¿cuándo has venido?—Porque en efecto daba mucho que pensar cómo había podido venir y por dónde habría venido.

Jesús no los recibió muy afablemente que digamos. Al contrario con cierta sequedad, sin dignarse responder a su curiosa pregunta, sabiendo bien el interior egoísta y posi-

tivo de los que se le presentaban los trató con digna severidad. No eran los que venían a él con aquel aire familiar las muchedumbres fieles, sino más bien algún grupo de los más notables, que acaso soñaban valerse de la influencia del Señor, y le brindaban su apoyo con la esperanza de obtener después brillantes y provechosos puestos en el reino que le ofrecían. No eran sinceros discípulos del Mesías sobrenatural, que buscasen el Reino de Dios, sino ambiciosos revolvedores que esperaban sacar provecho del omnipotente multiplicador de panes.

Por eso Jesús les respondió no a la pregunta, sino al sentimiento que leía en sus corazones y les dijo:

«—En verdad, en verdad os digo, si me buscáis no es por haber visto milagros, sino porque habéis comido de los panes y os habéis hartado». Es decir: sí, sí, vosotros no me buscáis porque los milagros os hayan hecho creer que yo soy Legado divino y que es verdadera mi doctrina; sino porque esperáis provechos temporales.

«Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que dura para vida eterna. El cual os dará el Hijo del hombre. Porque a este ha autorizado y como sellado el Padre». Y el sello son esos milagros que vosotros habéis visto con que el Padre autoriza su doctrina.

Sorprendidos con esta respuesta que denotaba que el Maestro no tenía en ellos ninguna confianza, le dijeron todavía en tono sumiso:—«¿Qué hemos de hacer para ejecutar las obras de Dios?»

Respondió Jesús y dijo:—«La obra de Dios es que creáis en aquél que él envió», que era como decir: creer en mí, y creer que soy enviado del Padre.

Esto era precisamente lo que ellos no querían, y lo que Jesús les había echado en cara esta vez desde el principio y otras veces en otras ocasiones, porque se conoce que los que se presentaban al Maestro eran los que en otras ocasiones tampoco le habían querido creer. Y ahora volviendo a su ordinaria y esta vez oculta rebeldía, que el Señor como diestro maestro había tentado y descubierto con sus palabras, saltaron irritados, y como si lo pasado no tuviese ya fuerza ninguna, y desdafiándose de dar importancia a los milagros que habían visto, le dijeron despechados:

«—Y bien ¿qué señal haces tú para que veamos y creamos en tí? ¿qué es lo que tú obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: dióles a comer pan del cielo». Como quien dice: aquello era prodigio, aquello era señal; no lo que tú has hecho; ¿qué tiene que ver dar el pan que tú has dado, en comparación de aquel maná?

La disputa cambiaba de aspecto, los fariseos se decomponían, la hipocresía se rasgaba, la insolencia aumentaba, la oposición estallaba de nuevo.

Díjoles Jesús entonces:—«En verdad, en verdad os digo, no fué Moisés el que os dió el pan del cielo; el que os da el verdadero pan del cielo es mi Padre, porque el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo ese es el pan verdadero de Dios».

Al oír estas palabras, los galileos que estaban entre los demás oyentes, más sencillos que los escribas y fariseos y más espontáneos, así como la Samaritana en otra ocasión, así ahora le dijeron al Señor:

«—Señor, danos siempre de ese pan».

Acaso entendían que este pan tan poderoso era de la misma o parecida clase que el que les había dado en el desierto, y por eso decían que les diese siempre de aquella clase de pan.

Mas Jesús para desengañarlos les dijo:

«—Ese pan de vida soy: el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás. Mas ya os he dicho que me habéis visto, sí, pero no me creéis. Todo lo que el Padre me da vendrá a mí, y al que venga a mí no le echaré fuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado y la voluntad del Padre que me ha enviado es que todo lo que me ha dado no pierda nada de ello, sino que lo resucite en el último día. Ésta es la voluntad de mi Padre que me ha enviado: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Muchas y terribles y profundas y misteriosas verdades les dijo en estas palabras. No basta el esfuerzo del hombre para ir a Cristo y creer en Cristo, si no le lleva el Padre. Mas no por eso es disculpable el hombre que no va a Cris-

to; porque culpa suya es el no ser llevado por el Padre. Como dice muy bien Santo Tomás, Dios a todos alarga la mano, cuanto es de su parte para traerlos; y desde el momento en que Dios está dispuesto a dar a todos su gracia y atraerlos a sí, no se le puede culpar a Dios de que alguno no reciba esta gracia, sino al hombre que no la recibe.

Y en verdad que en todo este discurso parece Cristo estar invitándolos a todos a que vengan, a que le pidan la gracia de venir, a que le pidan la mano, a que le pidan el pan verdadero, no el que alimenta el cuerpo, sino el que da vida al alma. Pero no van porque no reciben la gracia del Padre y el impulso de Dios, mas no lo reciben porque no quieren. Por donde, como dice muy bien Maldonado, «el que éste sea traído y aquél no, es que éste quiso seguir a Dios que le atraía, y aquél no quiso».

Otra cosa les dijo claramente, que él venía del cielo y que su Padre era Dios. Y no pudo menos de escandalizar esta doctrina a aquellos incrédulos.

«Así, pues, murmuraban los judíos de él porque había dicho: Yo soy el pan verdadero que he bajado del cielo.

»Y decían: ¿No es este Jesús, el hijo de María y de José, a cuyo padre y madre nosotros hemos conocido? ¿cómo ahora dice que ha bajado del cielo?

»Respondió, pues, Jesús y díjoles:—No queráis murmurar unos con otros. Nadie puede venir a mí a no ser que el Padre que me envió le traiga, y yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los profetas "y todos serán enseñados de Dios" todo el que oye al Padre y aprende, viene a mí (es decir: como quiera que se cumple la profecía de que Dios ha de enseñar a todos, todo el que oye, cosa que pueden todos, y, además de oír, aprende lo que oye, es a saber lo que sigue, vendrá a mí y me seguirá y creará).

Acaso a muchos oyentes se les ocurriría pensar cuando les habría hablado el Padre, por eso Jesús prosiguió:

«No que al Padre haya visto nadie, fuera del que ha venido de Dios; ese sí ha visto al Padre». Referíase a sí mismo.

Y como muchos estaban murmurando de lo que iba diciendo, una vez que ya había explicado tan grave y dignamente lo preciso que era creer en él, y había insinuado

claramente que él era el verdadero pan del cielo, comienza definitivamente a exponer la promesa de la eucaristía de esta manera:

«En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres en el desierto comieron el maná y murieron; éste (decía refiriéndose a sí) es el pan que ha bajado del cielo, para que el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que bajé del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo daré es la carne mía, por la vida del mundo».

No pudo decírselo más claramente. Así que todos lo entendieron, y se armó una confusión muy grande.

«Comenzaron, pues, a disputar los judíos unos con otros diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

No se rectificó Jesús ni les dijo que le entendían mal, sino que:

«Respondióles: En verdad, en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así el que me come, también él vivirá por mí».

Quería decir que así como el Padre le comunica a él la vida, de modo que vive por el Padre, así el que comulga recibirá de Cristo comunicación de vida tal que pueda decir que vive con la vida de Jesucristo. Gran privilegio y admirables prerrogativas y promesas las que ofrece Jesucristo en este discurso. Concluyó tan preciosa profecía con estas palabras:

«Este es el pan que ha bajado del cielo. No como cuando vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

119. ESCÁNDALO Y DESERCIÓN

(J. 6, 60-72)

«Esto dijo Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm». La doctrina era tan nueva, la promesa tan inverosímil, la oferta tan extraña, que se escandalizaron muchísimos, aun de los discípulos de Jesús. ¡Banquete singular, pan nunca visto! La carne y la sangre de Jesús como comida y bebida!

«Muchos, pues, de sus discípulos se dijeron:—Dura es esta doctrina .. ¿quién puede oírle?»

»Conociendo, pues, Jesús que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo:

«—De esto os escandalizáis?... Pues ¿qué será cuando veais subir al Hijo del hombre adonde estaba primero?» Como quien dice: entonces entenderéis por una parte que tengo poder para disponer estas cosas y por otra al ver mi carne glorificada no os parecerá tan inverosímil y chocante este misterio. Y añadió:

«—El espíritu es el que vivifica, no la carne, que no vale nada». Es decir, no penséis que la carne da vida al alma, sin el espíritu; mas como mi carne está unida con mi espíritu y mi divinidad, por eso os aprovechará y dará la vida.

«Mis palabras que he hablado son vida y espíritu. Pero hay algunos de vosotros que no creen».

«Porque Jesús sabía desde el principio, quiénes eran los que no creían, y quién le iba a entregar».

«Y decía:—por eso os dije que nadie puede venir a mí, si no se lo concede mi Padre».

«Desde esto, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él».

Y debieron de ser muchos los que se fueron, y parece que fueron desfilando en aquel mismo punto de modo que fuese notable la deserción, porque Jesús se volvió a los doce, a los apóstoles, entre los cuales también notó alguna vacilación y les dijo:

«—¿También vosotros queréis iros?»

»Respondió Simón Pedro:—Señor, ¿a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tu eres el Cristo hijo de Dios.